

PAZ DE SANTIDAD

CARLOS COZZIO

(POEMA EN PROSA)

A la memoria de Oscar Wilde.



EN el claro de un bosque de la India oraba Teresa de Jesús, divina y desnuda. La piel, de una blancura total, descubría su seda en abundancia a través de la púdica protección de la cabellera, pues también total era la desnudez de su cuerpo. Y así Teresa toda, era una santa tentación.

¿Oraba, dije? En realidad, ya no. Suspensa en la plenitud de un éxtasis, con su alma en el transmundo metafísico, conservaba en los labios la expresión del rezo sólo como recuerdo apagado de su dulzura interior. Pero, en cambio, la mirada volaba por regiones angélicas, imperceptible y remota como el haz de la más pequeña estrella.

Por un sendero que cortaba aquel claro del bosque, apareció de pronto el Buda que, monacal y profundo en su continente, iba por allí camino del Nirvana. Franciscana nobleza en su semblante y beatitud perfecta en su corazón, trascendían de él dándole jerarquía de dios.

Y advirtiendo a Teresa en su rara inmovilidad de estatua, arrodillada a la derecha del camino, no titubeó en separarse de su ruta para preguntarle:

—¿Necesitas ayuda, hermana?

Dos pinceladas de púrpura ruborizaron la desnudez de Teresa ante la figura del varón. Pero era tal la presencia de santidad en él, que, calmada la inquietud virginal, la santa expresó su confianza de este modo:



—Mucho sufro con esta rosa que se me ha clavado en las carnes.
—Y partiendo en el pecho la caída de sus cabellos, le mostró el complicado rubí de una corola cuyo espinoso tallo hundíase desgarrando su seno hasta el corazón.

Posó el Buda sus dedos suavísimos en las carnes tibias; apartó los labios de la herida y, haciendo girar la rosa sobre el pezón moreno, consiguió desprenderla sin ocasionar el más mínimo dolor. Y como su imperturbada santidad era perfecta, preguntó:

—¿Me necesitas aún?

—Señor—repuso Teresa de Jesús con absoluta humildad—
transfórmame la encarnada rosa en una mariposa de oro.

¿Presentía acaso Teresa su camino de salvación? Nadie podrá saberlo; el mismo Buda fué el primero en ignorarlo. Pero no había en ello inconveniente para satisfacer el cándido deseo. Bastó soplar sobre la flor, que había amarillado su encendido al contacto de su mano, para que una dorada mariposa, perfecta de elegancia, comenzara su vuelo en espiral hacia el sol. Y a medida que se hundía en la transparencia azul de la mañana, más diminuta y brillante realizaba su hipnotismo ante la santa. Dulce Teresa de Jesús, divina y amada, ¡qué pronto perderías de vista a la mariposa de oro!

Así fué. Y cuando tal ocurrió, volvió Teresa del transporte beatífico donde habían estado puestas el alma y la mirada en el objeto de su amor. Ahora era un desasosiego infernalmente sutil. Y con la vista siempre arriba, decía:

—Señor, devuélveme la rosa; no importa que me hiera.

¡Pobre Teresa de Jesús, amada y divina, sexual en su debilidad exquisita, espiritualizándose para siempre en la inmortal hoguera del sol!

Pero sintiendo el frío del silencio a sus palabras, bajó la vista; y se inmovilizó de espanto: Nunca más, nunca más se podría retrovertir la conversión de la mariposa de oro. ¿Quién lo haría? El Buda, tras esperar en vano nuevos pedidos de la santa, había reemprendido su marcha e iba ya lejos, por el confín del bosque, monacal y beatífico, camino del Nirvana.

Y un impulso de seguirlo, que la irguió totalmente en su magnífica desnudez, terminó arrodillándola de nuevo, con la vista tras el rastro de la mariposa de oro, fija para siempre en la hoguera del sol.

